

Newton Compton Editores

Este libro es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos son fruto de la imaginación de la autora y están al servicio de la ficción. Cualquier parecido con personas reales, en vida o fallecidas, es pura coincidencia.

Título original: *A Cinnamon Falls Mystery*

© 2025, Necole Ryse

© 2025, de la traducción por Tatiana Marco Marín

© 2025, de esta edición por Antonio Vallardi Editore S.u.r.l., Milán

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre de 2025

Newton Compton Editores es un sello de Antonio Vallardi Editore S.u.r.l.
Pl. Urquinaona, 11, 3.º 1.ª izq. Barcelona, 08010 (España)
www.newtoncomptoneditores.com

Gruppo editoriale Mauri Spagnol S.p.A.
www.maurispagnol.it

ISBN: 979-13-87575-24-3
Código IBIC: FA
DL: B 9.093-2025

Mapa: © Jill Tytherleigh
Diseño de cubierta: © Pip Watkins (S&S Art Dept.)
Imágenes de cubierta: © Shutterstock Images

Diseño de interiores:
David Pablo

Composición:
Kim Amate

Impreso en septiembre de 2025 en Puntoweb s.r.l., Ariccia (Roma), en Italia.

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización por escrito de los titulares del copyright, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento mecánico, telemático o electrónico –incluyendo las fotocopias y la difusión a través de Internet– y la distribución de ejemplares de este libro mediante alquiler o préstamos públicos.

R. L. Killmore

Misterio con aroma a canela

Traducción de Tatiana Marco Marín



Newton Compton Editores
Barcelona, 2025

Para todos los escritores que me precedieron

Cinnamon Falls



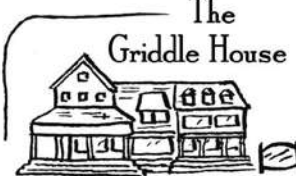
Barkwood Bridge



Casa de Nia



The Griddle House



Cinnamon Way

Rosie's Diner



Main Street

The Cinnamon Scoop



Whitfield Family Mortuary

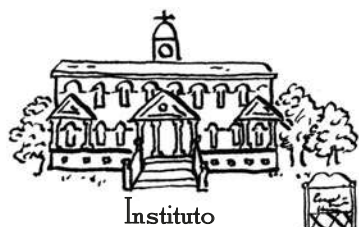
Cinna Cuts



Nutmeg Avenue

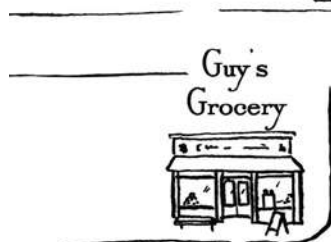
Granja Old Man Minton





Instituto

Asheville &
Redfern Tavern



Guy's
Grocery



Bones
Barber Shop



Harvest
Square

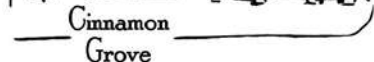


Comisaría

Ayuntamiento



The
Toasted
Pecan



Cinnamon
Grove



Casa de Jesse



Casa del alcalde Lyons

Capítulo 1

Nia

Lunes

Había una razón muy simple por la que Nia había acabado regresando a Cinnamon Falls. Siempre había imaginado que volvería a casa sumida en un frenesí de triunfo con una marabunta de gente coreando su nombre y arrojándole pétalos de rosas a los pies, pero, en su lugar, llegó con dos maletas llenas de arrepentimiento, un dolor de cabeza insoportable y la acuciante necesidad de echarse una siesta o comerse una bola enorme de helado de canela. No importaba qué fuese primero.

Comencemos por los hechos: Nia Janice Bennett jamás había sido una rompehogares. Así que, cuando desafió el tráfico de un lunes por la mañana en Atlanta, se presentó en la casa adosada de tres pisos del centro en la que ella vivía y le aseguró que el novio que tenía desde hacía dos años era en realidad su marido desde hacía cuatro, Nia podría haber contorsionado el cuerpo como uno de esos espeluznantes artistas circenses y haberse desvanecido en la nada.

En su lugar, hizo algo mucho más rápido: se marchó.

En cuarenta minutos, en medio de un borrón provocado por las lágrimas, metió todas y cada una de las cosas que le pertenecían –incluidos su orgullo y su ego destrozados por completo– en dos maletas endebles y un bolso demasiado grande que le había regalado Bryant, su ahora exnovio casado, las Navidades anteriores. Nunca antes lo había

sacado de la caja, ya que no veía la necesidad de cargar con un bolso del tamaño de un dóberman pequeño. Sin duda era un augurio de lo más sutil.

En el coche compartido, de camino a la estación de autobuses, le vinieron a la cabeza miles de recuerdos de su relación como si fueran un recopilatorio de momentos destacados: desde el instante en el que se habían conocido en la sala de fotocopadoras durante sus codiciadas prácticas en Gildman & Sons, el bufete de abogados más importante de Georgia, hasta aquel momento, el día en que se había dado cuenta de que todo había sido una mentira.

Durante el trayecto, en lo único en lo que pudo pensar fue en su sonrisa. En la fotografía que su esposa casi le había estampado en la cara, Bryant tenía el rostro moreno pegado al de ella y mostraba todos los dientes en una deslumbrante sonrisa. Iba embutido en un traje negro clásico con un cuello blanco bien planchado que le resaltaba la barba perfectamente perfilada. Sus ojos marrones, abiertos de par en par, brillaban de felicidad; era como si alguien lo hubiera dejado hirviendo a fuego lento sobre un fogón. Ambos tenían las manos levantadas en dirección a la cámara para mostrar unos anillos a juego que parecían burlarse de Nia.

Irónicamente, con ella había recreado aquel mismo gesto apenas unos días atrás, cuando habían celebrado su graduación. Aunque sin los anillos a juego.

¿Qué había pasado por alto? Y, lo que era más importante: ¿cómo había podido ser tan estúpida?

Durante todo el viaje de vuelta a Cinnamon Falls, Nia no dejó de darle vueltas, en bucle, a aquella pregunta. En los últimos dos años, más allá de acabar el posgrado, su vida siempre había girado en torno a él. Si era sincera consigo misma, sin él, todo parecía un poco más vacío.

Miró la pantalla del teléfono móvil. Sobre la fotografía de Bryant y ella que tenía de fondo, había registradas veintidós llamadas perdidas de él y, después de que lo

hubiera bloqueado, otras catorce procedentes de un número desconocido. Había decidido dejarlo en paz; era evidente que ya tenía suficientes cosas entre manos. Nia ya no tenía que seguir formando parte de la ecuación. Nunca había sido el tipo de persona a la que le gustaba el drama, pero de algún modo el drama siempre acababa encontrándola a ella.

Nia había conseguido arrastrar dos maletas poco cooperativas a través de varios condados, pero sabía que el último tramo iba a ser el más duro: todavía le faltaba el viaje en autobús hasta Cinnamon Falls. El coste de vivir en una localidad pequeña era que no existía la privacidad. Para cuando llegara allí, al menos un tercio del pueblo sabría que Nia Bennett, la hija pródiga, había regresado.

Observó el autobús acercarse a su parada. Shawna Daniels, la sobrina nieta de la señora Pearline, era ya toda una mujer y, por lo que parecía, trabajaba a tiempo completo en la empresa de transporte público de su familia.

—¿Nia Bennett? —preguntó Shawna con tono cómplice mientras la miraba fijamente de arriba abajo como si fuera una extraterrestre enviada para destruir su hogar.

—Hola, Shawna —contestó ella mientras forcejeaba con las maletas para que se mantuvieran erguidas.

—Hacía tiempo que no la veía —comentó la joven, lo que era una obviedad.

Habían pasado seis años desde que Nia se había marchado de Cinnamon Falls, pero ¿quién era ella para juzgar? La niña con coletas que solía sentarse al volante y abrir la boca maravillada mientras su tía abuela conducía el enorme autobús a través de las estrechas calles del pueblo era la misma que lo estaba llevando en aquel momento. El famoso logotipo del rayo reposaba con orgullo sobre su polo de color azul y combinaba a la perfección con el vehículo, tal como lo había hecho siempre el de la señora Pearline. Por lo menos algunas cosas no habían cambiado.

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó a la chica.

—Dieciocho —respondió ella—. Me gradué antes de tiempo porque la tía Pearline quería que recibiera toda la formación posible.

Se produjo un silencio incómodo entre ellas. Entonces Shawna le dedicó una leve sonrisa.

—Deje que le eche una mano con eso.

Le tendió una de las maletas antes de subir el resto de los bultos en el autobús. La joven apiló el equipaje en la parte trasera del vehículo con esmero y, después, se subió al asiento del conductor, se abrochó el cinturón y comprobó los retrovisores tres veces. Nia se percató de que llevaba una chapa identificativa que rezaba: EN PRÁCTICAS.

—¿Va al pueblo para ver a Darius Lyons en el Fall Fest?

—¿Darius Lyons? —repitió ella.

El nombre cayó sobre ella como la primera nevada de la temporada: poco a poco y, de pronto, de golpe. Sintió una punzada en el pecho y miró el móvil para comprobar la fecha: 6 de octubre.

El Fall Fest siempre se celebraba la segunda semana de octubre, lo que significaba que comenzaría en apenas unos días. La historia decía que los primeros colonos de Cinnamon Falls habían comenzado a celebrar aquel festival para crear un sentimiento de unión tras la dura temporada de la cosecha. En el presente, era más bien una tradición que paralizaba el pueblo entero a base de desfiles, carreras de sacos, concursos de comida, vendedores ambulantes y el título más codiciado para los estudiantes de último curso del instituto: los Reyes de Cinnamon.

—Ha vuelto al pueblo para coronar al nuevo Rey —comentó con alegría la joven.

Nia estaba segura de que, incluso después de tantos años, la corona todavía le quedaba perfectamente a su ego.

—¿No jugaba ahora con los Falcons? —preguntó.

La última vez que había pensado en el chico de oro del pueblo, él estaba en plena temporada de fútbol americano. El año anterior, su equipo había ganado el campeonato, lo que probablemente hizo que el señor Lyons, el alcalde,

quisiera pintar un mural con el rostro de su hijo en la pared del ayuntamiento. La noticia de que Darius había regresado al pueblo solo provocó en Nia una sensación de desprecio.

—Su equipo tiene una semana de descanso —contestó entusiasmada Shawna, apartándola de sus pensamientos sobre el pasado—. Lo han dejado venir solo para esto. ¿Puede creerlo? Darius Lyons poniendo en el mapa al pequeño y olvidado Cinnamon Falls.

Nia puso los ojos en blanco. Estaba harta de tanta cháchara sobre Darius.

Faltaban cuarenta y siete minutos para llegar de la estación de autobuses al pueblo. Estaba deseando ver cómo los cuatro carriles de tráfico, las calles mal asfaltadas y el esmog matutino de Georgia se transformaban en frondosos bosques verdes que rodeaban carreteras de un solo carril. A pesar de la conversación sobre Darius, Nia estaba emocionada. Ansiaba que el tentador aroma de la canela la atrajera cada vez más cerca, como un abrazo cálido de un ser querido; algo que necesitaba con desesperación.

Sin embargo, en lugar de disfrutar de un viaje tranquilo y nostálgico, presencié cómo la seductora idea de una siesta se le escapaba entre los dedos. Shawna no se parecía en nada a su tía abuela. Todos aquellos años de formarse con la mujer habían resultado ser inútiles.

Para cuando alcanzaron las afueras del pueblo, Nia estaba segura de que había sufrido el tipo de lesiones que le darían derecho a solicitar una indemnización médica. La joven detuvo el autobús con tanta violencia que el equipaje de Nia salió catapultado hacia la parte delantera del vehículo para luego rodar de nuevo hacia atrás. Nada podría haberla preparado para la expresión de satisfacción que puso Shawna cuando llegaron a la heladería de la familia Bennett: The Cinnamon Scoop.

The Cinnamon Scoop fue el primer negocio que se había abierto en Cinnamon Falls, cuando el pueblo apenas contaba con unos pocos cientos de habitantes. La bisabuela

de Nia, Ma-Clara, y su marido, Eugene Bennett, se habían mudado allí para trabajar en el antiguo molino de especias. En aquel lugar, procesaban la canela procedente de los canelos silvestres que crecían en las cercanías y, después, la empaquetaban para distribuirla por todo el país. Eugene solía llevar a casa parte de la canela recién molida y Ma-Clara comenzó a preparar helado de canela como un dulce antojo. No pasó mucho tiempo antes de que se corriera la voz por el pueblo, así que la mujer abrió una humilde heladería para que los trabajadores del molino pudieran disfrutarla. El molino se había incendiado hacía décadas, pero la heladería y el legado de los Bennett seguían en pie.

—Ya hemos llegado —dijo Shawna con una sonrisa.

A pesar de que The Cinnamon Scoop era el último lugar al que Nia quería ir, dado que, antes de marcharse, las cosas no habían acabado demasiado bien con su familia, se bajó del autobús a toda velocidad con los restos de su cuerpo que habían quedado ilesos tras el trayecto.

—¡Bienvenida de nuevo! —exclamó la joven antes de arrancar.

El autobús emitió un chirrido y se incorporó al tráfico de Main Street para regresar a la estación de autobuses.

Nia se quedó de pie en la acera un instante, recuperando el aliento y contemplando la escena que tenía frente a ella. Su padre no le había contado que habían reformado la tienda. Estaba demasiado acostumbrada al bollo de canela de ojos saltones que sujetaba una cuchara de plata. Ahora, en su lugar, había un toldo de colores napolitanos y con el nombre de la tienda estampado en una letra cursiva y redonda. Parecía demasiado moderno para un pueblo como Cinnamon Falls.

Se dio la vuelta para absorberlo todo. Maggie Shilling y el equipo encargado del festival ya habían decorado Main Street de cara a los festejos del fin de semana. De los semáforos de una de las intersecciones colgaba una pancarta blanca tan vieja como el pueblo que rezaba: CINNAMON FALLS, FUNDADO EN 1919.

Estar una vez más en medio de todo aquello era una lección de humildad. Nia volvió a respirar hondo y aspiró el suave aroma a canela silvestre que procedía del bosque. Si el lugar hubiese estado en silencio, habría podido oír la cascada rugiendo a varios kilómetros de distancia.

A aquellas alturas, Barkwood Bridge estaría cubierto de hojas en tonos bronce y rubí. Cientos de turistas de toda Georgia se acercaban al puente para sacar fotografías y, al terminar, se tomaban una sidra en Rosie's Diner o pasaban por la tienda del pueblo para comprar un imán de recuerdo.

Los residentes de Cinnamon Falls que vivían allí todo el año amaban aquel lugar. Todos, excepto Nia.

Tiró de la puerta de la heladería. Supuso que estaría desierta, sobre todo teniendo en cuenta que era lunes antes de mediodía. Había un cincuenta por ciento de probabilidades de que su padre se encontrara detrás el mostrador, haciendo inventario o comprobando por enésima vez la temperatura de los congeladores.

Sin embargo, se topó con los gritos de un grupo de niños pequeños. Su padre, Walter, estaba de pie sobre el mostrador con su ridículo gorrito en forma de bollo de canela, los brazos abiertos de par en par y una animada sonrisa en el rostro.

—¡Y por eso siempre digo que la bola perfecta es la clave de la felicidad! —proclamó levantando una cuchara para helado como si fuese el santo grial.

Los niños vitorearon como si les estuviese dando un sermón religioso. Nia se preguntó cuánto azúcar habrían ingerido aquellos pequeños inocentes a aquellas horas tan tempranas de la mañana.

Un niño de lo más adorable, con unas gafas demasiado grandes para su pequeña cara, alzó una mano en el aire.

—¿Y cómo hace la vaca el helado?

A su padre se le hundieron los hombros. Aquello significaba que tendría que comenzar su historia sobre el origen del helado desde el principio. Pero antes de que pudiera hacerlo, Marjorie, la madre de Nia, salió de la

trastienda con una bandeja repleta de cuencos individuales que contenían pequeñas porciones de helado rosa de fresa. A Nia se le hizo la boca agua al verlos. Trozos de fresas brillantes, recolectadas en las fértiles tierras de la granja Old Man Milton durante el momento álgido de la temporada, salpicaban la cremosa base de fresa, que era la receta estrella de Ma-Clara.

—¿Quién quiere un poco de fresa? —dijo la mujer, dirigiéndose al grupo de niños, que gritaron de alegría.

Desde que se había marchado del pueblo, a su madre se le había encanecido el cabello. Lo llevaba recogido en una coleta perfecta, sujeto con una pinza. Tenía la mirada era más suave y las arrugas de su sonrisa más marcadas, pero seguía teniendo el mismo aspecto.

Por el contrario, su padre no había envejecido ni un ápice. Era evidente que seguía subiéndose de un salto a los mostradores de Ma-Clara y obligando a niños impacientes a soportar una charla de veinte minutos sobre cómo se elaboraba el helado antes de darles una muestra. Era el mismo discurso que había soltado cuando la clase de Nia había visitado el lugar durante las jornadas de orientación profesional, muchos años atrás.

Cuando se dirigió a ella, su madre ni siquiera la miró:

—Si vas a quedarte ahí de pie, por lo menos haz algo útil y ayuda un poco.

Nia se lo merecía.

La última vez que se habían visto, habían intercambiado palabras tan despiadadas y crueles que todavía le quitaba el sueño por las noches. No estaba segura de cómo reaccionaría su madre a su regreso. Por el momento, aquello era mucho mejor que cualquiera de los escenarios que había imaginado durante el viaje en autobús.

Dejó su equipaje en un reservado que se encontraba cerca de la puerta, tomó uno de los delantales de repuesto, se remangó y se puso a trabajar. Tras lavarse las manos, se hizo con todo el helado con el que pudo cargar y ayudó a su madre a repartir los cuencos a los niños inquietos,

que ya habían comenzado a preguntar por qué algunas bolas eran más grandes que otras. Cuando se acabaron las quejas, lo único que se oía eran los chasquidos de aprobación mientras los pequeños disfrutaban de su helado.

—Vaya, vaya, vaya... ¡Pero si es Nia Bennett! —dijo una voz familiar mientras se limpiaba una mancha de helado que se había derramado sobre el mostrador—. ¡De vuelta como si nunca se hubiera ido! ¿Echabas de menos servir helado a los pequeñajos?

Morgan Taylor no había cambiado en absoluto desde la última vez que Nia la había visto. La chica que todos consideraban rara porque todos los días vestía de morado seguía fiel a su color favorito. Esta vez, también lo llevaba en el peinado: un drástico corte estilo *pixie* con un mechón morado en el flequillo, que le cubría el ojo izquierdo. Llevaba un cárdigan morado y unos vaqueros negros rotos con lazos del mismo color trenzados entre los agujeros.

—La verdad es que sí —contestó Nia riendo. Recordaba las tardes tranquilas en la tienda en las que ambas soñaban con abandonar aquel pueblo demasiado pequeño—. No hay nada como las ampollas en los dedos y los calambres en las manos para añorar tu hogar. ¿Qué hay de ti? ¿Cómo te trata la vida cuidando de monstruitos insufribles?

Con un gesto de la cabeza, señaló a los niños, que estaban embelesados con el cuento que su madre les estaba leyendo sobre un monstruo de los helados. Mientras Marjorie curvaba los dedos de forma siniestra, los pequeños la contemplaban con los ojos muy abiertos y cubriéndose la boca con las manitas.

—Es un sueño —contestó Morgan con sarcasmo mientras se encogía de hombros. Entonces, se dieron un largo abrazo y la otra mujer bajó la voz hasta convertirla en un susurro—. Lo mejor de todo es que se creen cualquier cosa que les diga.

—Así es como empiezan las sectas —replicó Nia con tono seco.

—¡El siguiente paso es dominar el mundo! —declaró Morgan con los brazos abiertos de par en par. Ambas se echaron a reír antes de que su amiga se detuviera y la mirara de arriba abajo—. Entonces, ¿solo estás de paso? —Señaló la pila de maletas. Por su equipaje, parecía que se trataba de algo más que una visita rápida.

Nia abrió la boca para responder con una mentira: «Solo he venido para ver cómo va todo, ya sabes». Sin embargo, su cerebro decidió que era mejor no hacerlo. Aquel día, ya había lidiado con mentiras suficientes.

—La verdad, no lo sé.

Morgan asintió. La miró a los ojos como si supiera, solo por la expresión de su rostro, que tenía el corazón roto. Por suerte, cambió de tema.

—¿Significa eso que el sábado vendrás al Fall Fest? —Antes de que pudiera responder, Morgan prosiguió—. He oído que Darius Lyons ha vuelto. Todo el pueblo está extasiado ante la idea de que, ahora, tengamos nuestro propio famoso.

Nia torció los labios.

—¿Desde cuándo eres fan de Darius Lyons? Si no recuerdo mal, en el instituto pensabas que era idiota.

—No solo yo —la corrigió ella—. Tú, Sienna y yo pensábamos que, en aquel entonces, le faltaba un hervor. Ahora es un idiota... con contactos. ¿Crees que podría presentarme a Leon Crosby?

—¿El actor? —preguntó Nia con incredulidad, conteniendo una carcajada.

—Por desgracia, Darius es la única forma que tengo de acceder a él. ¿Acaso no se conocen entre sí todos los famosos?

A Nia le habría encantado reventar esa burbuja de fantasía, pero se salvó justo a tiempo. El reloj deportivo que su amiga llevaba en la muñeca comenzó a pitar de forma entrecortada parpadeando con ceros.

—¡Se acabó el tiempo! —gritó al grupo de niños—. ¡Bocas cerradas y manos en la cintura!

Los niños formaron una línea recta sin protestar, colocando un dedo sobre sus labios cerrados y la otra mano en la cintura. En cuanto estuvieron todos perfectamente alineados, añadió.

—¡En marcha!

Los niños salieron de la heladería y se quedaron pegados al escaparate, con cuidado de no pisar la calzada. Satisfecha con su comportamiento, Morgan se giró para mirar a Nia justo antes de salir detrás de ellos.

—Si no tienes planes, pásate esta noche por la cafetería. Estoy segura de que a Jesse le encantaría verte —dijo. Después le guiñó un ojo con una sonrisa traviesa.

Si no hubiese estado delante de sus padres, Nia le habría lanzado una cucharita de plástico a la cabeza.

Cuando se dio la vuelta, vio a su padre frotando con furia el mismo punto ya reluciente del mostrador. Su madre también se había buscado una ocupación y estaba fingiendo cambiar de lugar los tres escasos libros infantiles que había en la estantería.

—¿Qué parte de la conversación habéis oído? —preguntó Nia mientras se cruzaba de brazos.

Walter miró a Marjorie y, durante un segundo, mantuvieron una discusión silenciosa sobre quién de los dos respondería. Si hubiese tenido que apostar, habría dicho que sería su padre.

Su madre señaló con la barbilla la pila de equipaje junto a la puerta.

—¿Qué ha ocurrido? ¿Bryant te ha dejado?

Menos mal que Nia no era muy dada a las apuestas.

—En realidad, estaba casado —replicó ella intentando mantener la cabeza bien alta—, así que lo he dejado yo.

—Buena chica —contestó su padre con un gesto de aprobación.

Nia observó cómo la sonrisa de suficiencia se borraba del rostro de Marjorie y era reemplazada por una expresión llena de recuerdos de traiciones del pasado. Cruzó la estancia en dirección a su hija.

—¿Abrazo grupal? —preguntó Niles, el hermano pequeño de Nia, cuando apareció detrás del mostrador. Estaba mucho más alto de lo que recordaba.

Por primera vez aquel día, Nia se echó a reír. Rio tanto y con tantas ganas que acabó llorando.

Capítulo 2

Jesse

La granja Old Man Milton tenía tres gallos que serían capaces de despertar hasta a los muertos. Jesse podría estar enterrado a tres metros bajo tierra y, aun así, seguiría oyendo a Shadrach, Meshach y Abednego en el más allá. Pero, si no fuera por sus llamadas matutinas, se perdería el amanecer en Cinnamon Falls cada mañana.

Se había despertado en diferentes ciudades alrededor del mundo, pero nada se comparaba con el hogar. Desde las vistas privilegiadas que le ofrecía su balcón, podía vislumbrar el sol alzándose sobre la cascada a través de un pequeño claro en el bosque de canelos silvestres. El sol dorado como la miel extendía su magia sobre todos los seres vivos de forma persistente, colándose entre las fisuras más diminutas de la tierra para expandir su luz. Jesse se sentía agradecido de que el sol entrase en su casa; agradecido de que, al menos durante un día más, siguiera habiendo vida en aquel lugar.

Tal como hacía cada mañana gracias a su entrenamiento militar, comenzó el día con un saludo al sol y varios estiramientos profundos para hacer que la sangre fluyera. Luego continuó con su habitual rutina de entrenamiento por intervalos de alta intensidad: diez rondas sin descanso de flexiones, sentadillas, *burpees*, abdominales, zancadas y, para terminar, escaladores. No paraba hasta que el sudor le chorreaba por todos los poros de la piel y los músculos le suplicaban que se detuviera. Pero, incluso entonces, seguía solo para sentir el aire en los pulmones.

Eran casi las seis y media de la mañana, lo que significaba que su padre pronto estaría despierto y listo para su café matutino y su periódico. Su madre, por el contrario, era un ave nocturna y, si la dejaban, podría dormir incluso durante un terremoto. Tan solo se despertaba temprano en caso de que fuera absolutamente necesario y, aquella tranquila mañana de lunes, al parecer, no lo era.

Jesse se duchó, se cubrió el cuerpo mojado con un albornoz y bajó al piso de abajo justo a tiempo de ver a Charlie Júnior saltar de la plataforma de carga de la camioneta de su padre con el periódico del día doblado bajo el brazo. Mini Charlie, su hermano pequeño, lo observaba emocionado con los pies colgando por el borde del vehículo.

Cada mañana, Charlie Kent y sus hijos repartían *The Cinnamon Chronicle* desde la granja Old Man Milton hasta Main Street en tiempo récord. Los Kent se turnaban a la hora de entregar el periódico y, aquel día, Charlie Júnior le dedicó una sonrisa arrogante antes de lanzarlo al camino de la entrada. La gaceta surcó el aire como un misil y Jesse la agarró antes de que pudiera darle de lleno en la cara. Aquel crío tenía buen brazo. No era de extrañar que fuese la joven promesa de los Timberwolves del Instituto de Cinnamon Falls.

—¡Sigue en forma, tío! —exclamó Charlie Júnior.

Jesse se rio entre dientes y contuvo las ganas de mandarlo de paseo. En su lugar, se despidió educadamente de la familia desde la puerta con un gesto de la mano.

Que lo llamara «tío» le hacía sentir como un señor de cincuenta y cinco años con zapatos ortopédicos. Jesse quería decirle a Charlie Júnior que él llevaba jugando al fútbol americano desde mucho antes de que él hubiera nacido, pero eso tan solo habría servido para darle la razón.

Jesse miró su reloj. Estaba a punto de llegar tarde para preparar el desayuno. Se arrastró hacia el interior justo cuando la cafetera que había preparado la noche anterior comenzaba a burbujear.

—¿Beicon y tostadas? —le preguntó a su padre mientras

este se sentaba poco a poco y con cuidado en su silla habitual. Era la que presidía la mesa de la cocina.

Se aseguró de no girar la cabeza mientras lo observaba por el rabillo del ojo. Robert Shaw odiaba que Jesse analizara todos y cada uno de sus movimientos. Decía que se sentía como si estuviera en una pecera, pero, con la edad que tenía, no podía confiar en que fuera a avisarle si volvía a dolerle la cadera o si aquella mañana notaba el hombro un poco extraño. No era el tipo de que pedía ayuda.

Bastó una única caída, dos años atrás, para que Jesse obligara a sus padres a mudarse con él. Robert y Evelyn protestaron, pero, al final, él se salió con la suya. Cuidar de sus padres era un privilegio que valoraba muchísimo. Sobre todo, teniendo en cuenta que temía que llegara el día en el que ya no los tuviera a su lado. Si por él fuera, los metería en una urna de cristal y los conservaría para siempre.

Robert soltó un gruñido para mostrar su aprobación al desayuno de aquel día. Jesse le dejó el periódico junto a la taza de café solo bien caliente. El hombre no lo tomaba de ningún otro modo, pues aseguraba que la clave para una larga vida era alejarse del azúcar, aunque Jesse sabía dónde guardaba su alijo de caramelos. No lo había engañado ni por un segundo.

A pesar de que sus padres rondaban los setenta y cinco años y sus cuerpos habían empezado a deteriorarse, seguían siendo más listos que el hambre. Criar a dos adolescentes de la tercera edad no era tarea fácil y, dado que era hijo único, toda la responsabilidad recaía sobre sus hombros.

Robert se colocó las gafas de lectura sobre el puente de la nariz. Con cuidado, separó las viñetas cómicas, la sección de Arte y el crucigrama del día y los dejó aparte para su mujer. En un par de horas, cuando se levantara para desayunar, lo resolverían juntos. Cuando Jesse regresara a casa más tarde, encontraría otro crucigrama terminado en la puerta del frigorífico. En la parte inferior de la hoja apa-

recerían sus iniciales, R y E, rodeadas con un corazón. Parecían adolescentes.

—A ver qué sorpresas nos depara hoy Cinnamon Falls
—susurró Robert.



Una hora más tarde, Jesse ya estaba vestido y listo para un nuevo día. Su padre seguía sentado a la mesa, leyendo mientras gruñía y murmuraba en un idioma que solo él comprendía.

—Me marchó, papá —le dijo mientras sacaba un batido de proteínas del frigorífico. Más tarde, comería en Rosie's Diner—. Volveré tarde, después de la cena. ¿Quieres que te traiga algo?

—Tu madre quería plátanos —contestó Robert. Entonces, miró por encima del hombro y susurró—: Mañana es nuestro aniversario, así que... ¿podrías traer unas rosas?

Se llevó la mano al bolsillo de los pantalones para sacar la cartera.

—¿Vuestro aniversario? —le preguntó Jesse—. Mamá y tú os casasteis en mayo, papá.

—Se lo pedí el 7 de octubre. —Señaló la fecha del periódico—. Soy viejo, pero sé leer. Es mañana, ¿no?

Jesse asintió.

—Yo me encargo de las rosas.



De camino al pueblo, Jesse tomó las calles secundarias para poder oler los canelos silvestres. Ya no quedaban muchos, pero cuando era pequeño podía oler la canela incluso desde el colegio. Ese aroma tan característico, con un toque dulce, especiado y terroso, siempre le recordaba a la sidra de manzana de Rosie. Quedaba poco para que empezara a venderla a cubos en el Fall Fest, el sábado.

Cada segundo fin de semana de octubre, todo el pueblo se transformaba en un lugar que parecía sacado de un cuento infantil en el que cada calle empedrada, cada fachada de ladrillos rojos y cada uno de los árboles que bordeaban Main Street brillaban gracias al toque dorado del otoño.

En el centro, las tiendas se convertían en un escaparate de magia otoñal; vestidos para la ocasión, los escaparates estaban decorados con espantapájaros y hojas pintadas. En los escalones y las entradas de todos los negocios había montones de calabazas de todos los tamaños: grandes, pequeñas, perfectamente redondas o torcidas. Algunas estaban minuciosamente talladas para mostrar rostros sonrientes y otras brillaban desde el interior.

Sobre ellas, entre las ramas desnudas de los árboles se entrelazaban tiras de lucecitas que envolvían el pueblo en un brillo dorado y cálido, lleno de nostalgia. Las columnas históricas de los edificios antiguos, pintadas en diferentes tonalidades de marfil, estaban adornadas con guirnaldas de tallos de maíz disecados y ramas de canela que llenaban el aire de un aroma especiado familiar y reconfortante.

Cuando Jesse era pequeño, el Fall Fest era el mejor momento del año, el corazón de Cinnamon Falls. Era como un sueño, un país de las maravillas estacional que lograba que el pueblo en el que había nacido pareciera uno de esos lugares en los que el tiempo se detenía y la magia existía bajo el resplandor de las luces festivas.

Ahora, como miembro del cuerpo de seguridad, el festival era un dolor de cabeza. Entre los borrachos, los altercados y los pequeños actos de vandalismo, aquella era la época más ajetreada del año para el Departamento de Policía de Cinnamon Falls.

Cuando llegó a la comisaría, terminó de leer los informes que había dejado en su escritorio la semana anterior y dio un par de sorbos de café amargo en nombre de la camaradería. Llevaba en el cuerpo poco más de un año, lo que significaba que le tocaba patrullar. Los agentes de

mayor rango lo consideraban un trabajo monótono, y Jesse dejaba que creyeran que él también lo detestaba.

La verdad era que disfrutaba patrullando. Interactuar con la gente que había contribuido a la hora de criarlo lo mantenía con los pies en la tierra y le recordaba cuáles eran sus prioridades.

Si bien a otras personas les disgustaba la vida en un pueblo pequeño, no había ningún lugar en el mundo que hiciese a Jesse tan feliz como Cinnamon Falls. Algunos decían que era un sitio predecible o aburrido, pero él valoraba precisamente esa previsibilidad. Nunca se le habían dado bien los cambios y siempre había odiado las sorpresas. Aquel pueblo era su ancla. No porque le impidiera avanzar, sino porque le daba estabilidad. Y eso era justo lo que necesitaba en su vida.

Jesse bajó por Main Street y atravesó con calma Harvest Square, donde se celebraba todo el festival. Una vez más, Maggie Shilling había esparcido su magia otoñal por las aceras como un hada madrina de la canela.

Guiraldas naranjas y doradas colgaban de las farolas. Fardos de heno flanqueaban las calles junto con unos carteles rústicos de madera que dirigirían a la multitud hacia los puestos de sidra, las degustaciones de pasteles y la carpa donde se podían tallar calabazas.

Las fachadas de las tiendas lucían una capa de pintura reciente y muchas habían añadido varios toques festivos: un espantapájaros sonriente con camisa de franela por aquí o un cubo con caramelos de maíz por allá. Jesse se imaginó a Maggie, con su portapapeles en mano, cruzando la plaza como un general preparándose para la batalla. La suya, por supuesto, consistía en lograr la perfección otoñal. Cinnamon Falls estaba empezando a transformarse. En apenas unos días, aquella calle estaría abarrotada de vecinos celebrando el otoño.

Jesse se detuvo en la esquina al ver a la señora Guy con las manos en las caderas. Los labios tensos y las cejas fruncidas de la mujer le indicaron que algo iba mal.

La señora Guy había estado casada con el señor Guy, propietario de Guy's Grocery, una de las dos tiendas de comestibles de Cinnamon Falls. El local siempre tenía fruta fresca y buenos precios. Desde que su marido había fallecido dos años atrás, la mujer se esforzaba por mantener a flote el negocio ella sola. La mayoría de la gente que llevaba mucho tiempo viviendo en el pueblo seguía comprando en Guy's. En cambio, los recién llegados de Atlanta que buscaban un «cambio de aires» preferían los productos orgánicos y sin gluten que podían encontrarse en Cinnamon Grove, a dos manzanas de allí. Jesse hacía la compra en ambos lugares. Un poco de germinado de trigo no le hacía daño a nadie.

—Buenos días, señora Guy. —Jesse se colocó junto a ella en la acera y contempló tanto los trozos de madera astillados que había a sus pies como las instrucciones para un expositor que tenía en las manos—. ¿Necesita ayuda?

—Agente Shaw, ¡justo el hombre que quería ver! —La señora Guy juntó las manos con gesto de satisfacción. Entonces, le entregó el papel a la fuerza—. El listo de James me vendió este expositor hace dos semanas y ya está roto.

Aunque la señora Guy aseguraba ser una viuda desconsolada, eso no le impedía coquetear con Jesse siempre que podía. Si no era cambiando bombillas demasiado altas para ella o cargando cajas de mercancía, estaba arreglando alguna estantería o, como aquel día, un expositor. Ella le pagaba en comida, así que no se quejaba. Sus chuletas de cerdo y sus manzanas fritas eran mejores que las de su madre, aunque jamás le diría eso a Evelyn a la cara.

A Jesse no podía evitar notar que la señora Guy seguía siendo tan atractiva como en sus buenos tiempos. Al menos, eso era lo que contaban los hombres de la barbería de al lado. Para ser lunes por la mañana, Bones Barber Shop tenía más trabajo de lo que era habitual. Jesse no tuvo que preguntar por qué.

Centró toda su atención en el expositor de cuatro pisos. Parecía de madera de pino maciza, con una estructura

de aluminio con aspecto amaderado. Era robusto y tenía cuatro cajones que estaba seguro que ella utilizaría para colocar alimentos frescos.

—¿Tiene un taladro? —preguntó mientras echaba otro buen vistazo al desastre que tenía delante.

Ella desapareció en el interior de la tienda y regresó con la herramienta eléctrica. Se la tendió como si fuera una bomba.

—Se puede empalmar —dijo. Las mejillas de la mujer se tiñeron de un rojo brillante. Ah, no... —. Lo que quiero decir es que puedo arreglarlo. —El pánico le teñía la voz—. Pero debería llamar al señor Sylvester en cuanto abra la tienda en una hora más o menos. Necesitará otro trozo de madera para sostener el peso de las cestas. —Todas las palabras le salieron de golpe.

—Eso haré —contestó ella en un susurro.

Jesse se puso manos a la obra de inmediato. Diez minutos después, tras un poco de esfuerzo y varios tornillos nuevos, la señora Guy tenía un expositor funcional. Le devolvió el taladro y ella lo miró de arriba abajo lentamente, de un modo que hizo que se sintiera incómodo.

—Agente Shaw, es usted un manitas. Si alguna vez se cansa del uniforme, ya sabe a qué se puede dedicar.

No supo qué contestar a eso, así que cambió de tema de conversación con una sonrisa forzada.

—Llame al señor Sylvester si necesita algo más. Él la ayudará.

La mujer estrechó el taladro contra el pecho.

—Gracias, agente Shaw. ¿Puedo llevarle algo de comer más tarde a la comisaría?

—Se lo agradecería. Y si tiene, ¿podría traerme unos plátanos? —preguntó al recordar la petición de su padre.

—Por supuesto —contestó ella.

A veces, ser policía tenía sus recompensas.

Estaba a punto de subirse de nuevo al coche para continuar con la patrulla por Main Street cuando vio que Harold Bones estaba en la puerta de su barbería, fingiendo no haber

escuchado la conversación que había mantenido con la señora Guy. Barría con fervor la entrada del local mientras Jesse cruzaba la calle a grandes zancadas.

—Debería arrestarte por cruzar en rojo —bromeó el señor Harold.

—No puede arrestar a la policía —contestó él mientras se aseguraba de que no pudiera ver a la señora Guy.

Quería comprobar cuánto tardaría Harold en apartarlo del medio. Todo el mundo sabía que el señor Harold llevaba enamorado de la señora Guy desde la escuela primaria y, aunque habían pasado dos años desde el fallecimiento de su marido, el viejo Bones seguía sin atreverse a pedirle una cita.

Cada vez que se hacía a un lado para intentar ver a la mujer, Jesse lo imitaba. Frustrado, Harold chasqueó la lengua.

—Como no te quites de en medio, acabaré agrediendo a la policía —dijo, amenazándolo con la escoba.

—Será mejor que te apartes, Jay. Ya sabes lo que siente por la señora Guy —le advirtió William Reed, el nuevo barbero, desde el interior del local.

Acababa de llegar de la ciudad. Decía que era de Macon, en Georgia, pero cualquier lugar fuera de Cinnamon Falls se consideraba una ciudad grande, lo que lo convertía en una celebridad local.

Jesse entró en la barbería y lo saludó con un choque de puños. Will estaba limpiando el instrumental con una solución azul.

—¿Cómo te va? ¿Has venido a cortarte el pelo? —le preguntó.

—Qué va —contestó Jesse—. Estoy de servicio. Ya sabes... La vida del policía —añadió mientras abarcaba con un gesto los alrededores.

—Luchando contra el crimen, cesta a cesta. —El barbero soltó una carcajada y, con un señaló con la cabeza a la señora Guy, que estaba llenando meticulosamente el expositor, ahora funcional, con calabazas diminutas—. Sé

que debes de echar de menos el combate, colega. Has pasado de ser John Wick a ser Barney Fife.

A Jesse le resultaba evidente que las únicas referencias militares de Will eran de Hollywood. Lo más probable era que fuese uno de esos tipos que jugaban al *Call of Duty* y juraban que podían disparar un rifle de francotirador. En realidad, era mucho peor de lo que parecía entre píxeles.

Se encogió de hombros y se deshizo de aquellos recuerdos que lo mantenían en vela por las noches.

—Prefiero esto —contestó con calma y brevedad. Will asintió al captar la indirecta de que cualquier discusión sobre el pasado estaba vedada. Se llevaban bien, pero no tan bien—. Tengo que irme —añadió mientras le daba un golpecito a la esfera del reloj como si tuviera algún compromiso.

Se despidió del señor Harold, que seguía sin poder quitar aquella sospechosa mancha de la entrada, y subió al coche patrulla.

Jesse se detuvo al llegar al semáforo en amarillo que se encontraba entre Nutmeg Avenue y Main Street y, entonces, divisó a Morgan Taylor cruzando la calle con una manada de niños. Iban en una fila india tan recta que hizo que se preguntase cómo conseguía que dieciséis niños pequeños se comportaran así de bien. Salían de The Cinnamon Scoop, el local con la mejor zarzaparrilla con helado de todo el pueblo. Debían de ser las jornadas de orientación profesional, una semana en la que los niños recorrían todos los negocios locales. Pronto, Morgan y su grupo visitarían la comisaría.

El semáforo se puso en verde y Jesse estacionó en el bordillo, junto a ella.

—Buenos días, señorita Taylor —la saludó a través de la ventanilla del acompañante.

Morgan le sonrió antes de girarse hacia la manada de niños para indicarles que no bajaran de la acera. Dio un par de pasos en dirección al coche y se agachó junto a la ventanilla.

–Agente Shaw –replicó con voz cantarina–. Qué coincidencia. Justo el hombre que quería ver.

Jesse la miró con gesto suspicaz.

–Es la segunda vez que oigo eso hoy.

Morgan esbozó una sonrisa traviesa.

–Tengo noticias para ti.

–¿Estás esperando a que te lea la mente? –le preguntó, cada vez más molesto.

–Adivina quién ha vuelto al pueblo.

Los ojos de la mujer brillaban de emoción.

–Ya sé lo de Darius Lyons. –la interrumpió Jesse, haciendo un gesto de desdén y decepción con la mano–. Lleva meses siendo la noticia...

Ella puso los ojos en blanco.

–Nia Bennett.

Jesse habría jurado que, hacía apenas un instante, estaba respirando. Cuando había detenido el vehículo para hablar con Morgan, estaba seguro de estar vivo, pero escuchar el nombre de Nia lo había dejado sin aire en los pulmones. El corazón le latía de un modo descompasado y las mariposas que no había vuelto a sentir desde sus días de servicio activo regresaron de golpe. Un dolor punzante le recorrió los dedos por la fuerza con la que sujetaba el volante y sintió calor por todo el cuerpo.

De forma instintiva, miró a su izquierda, donde se encontraba la heladería por la que era casi incapaz de pasar desde que ella se había marchado seis años atrás. Los cristales del local estaban tintados de tal modo que los viandantes no pudieran ver el interior, lo que era una suerte tanto para él como para su corazón dolorido.

¿Nia Bennett de vuelta en Cinnamon Falls? En su mente, uno detrás de otro, comenzaron a desplegarse los recuerdos de la última vez que la había tenido entre sus brazos y el sentimiento de vacío que había experimentado desde que se había marchado.

–Vaya... Ha pasado mucho tiempo –se escuchó decir. Ni siquiera sabía cómo estaba logrando formar palabras.

—Sí. Parecía contenta de haber vuelto. La he invitado a que venga a Rosie's Diner esta noche —dijo Morgan de forma despreocupada—. Tú vas a venir de todos modos, ¿no?

Él asintió.

—Allí estaré.

—Entonces, ¡nos vemos esta noche! —contestó ella con tono alegre mientras le daba un golpecito a la puerta con los nudillos—. Y trabaja un poco más tu cara de póker, Jay. Parece que hayas visto un fantasma.

Mientras Morgan se alejaba, Jesse paró el coche, se recostó contra el reposacabezas y soltó el aliento que había estado conteniendo. No había vuelto a ver a Nia desde que se había marchado con su corazón hecho añicos entre las manos. Pero iba a verla esa noche, en apenas unas horas.

Todo estaba cambiando.